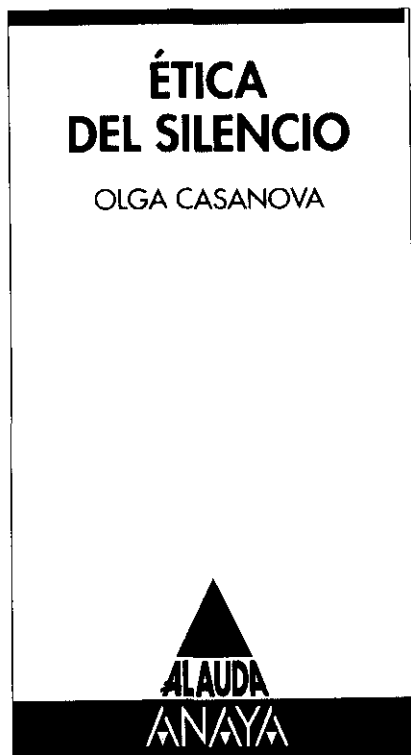


CASANOVA, Olga (1998): *Ética del silencio*. Madrid, Anaya, (Proyecto Alauda), 156 pp.



Puede sorprender de entrada la titulación de este hermoso libro. Nada de especulaciones filosóficas sobre una materia tan disputada en nuestra Enseñanza Obligatoria, sino que

«la educación en general, y, más concretamente, la educación moral o en los valores, requiere de forma imprescindible y como sustento, el desarrollo de las capacidades de interiorización de los niños, las niñas, los adolescentes y los jóvenes; capacidades que hoy día es imposible potenciar sin la recuperación y el disfrute de unos espacios o tiempos abiertos a la elocuencia íntima y liberadora que pueden proporcionarnos el silencio y la escucha».

Palabras para desnortados del introductor y director del proyecto, Fernando González Lucini. Y para arribar a esos espacios de libertad, goce, sueño y pasión, Olga Casanova nos incita a *recuperar el lenguaje* a través de un escalón de epígrafes concordados y sugerentes: Evidencia del abandono del lenguaje, el ruido, el silencio en la escuela que se va llenando de palabras, el valor de las mismas, la escucha y el salto a la libertad creadora y utópica mediante

el aparato imaginario en el ejercicio de la escritura.

Sí, un libro más con propuestas sugestivas, incitantes, intensas para iniciar y enganchar en el hábito de escuchar, leer y el deseo de escribir, «que proviene del descubrimiento de la lengua, de las posibilidades que esconde».

Otro libro de lo mismo..., pero nada lineal ni sintagmático (quiero decir de gramática dura), sino atractivo, vital, mágico, libertario, acotado de oportuna y humanizadora filosofía del lenguaje. Diferente, en fin, y terapéutico para un profesorado que «necesita recobrar la pasión que un día tuvo». Si claudicó a la sequedad de morfemas, adyacentes y enunciados hipotácticos, debe recuperarse «no sólo por sus alumnos, sino también por la materia que enseña sin que tanta mediación externa lo haga envejecer prematuramente» (págs. 49-50).

Queda manifiesto que Olga es una profesora con tablas, entusiasta y razonablemente utópica, como está mandado. Su labor en las aulas y su cóctel explosivo de *automatismos*, *morfomorfosis*, *morfotelegramas*, *textos mayúsculos*, *el hombre medicina*, *instrucciones*

## Reseñas

*de uso, escrimix...* han generado textos de una fuerza inesperada en sus alumnos de BUP y ESO, editados en el libro bajo la respectiva autoría:

«Todos estos ejercicios son el resultado del juego, del reto, del deseo de expresar la imaginación y el sueño. Nacen de la imitación y, a veces, alcanzan la creación. Si abriésemos más espacios a la ruptura de la norma, al dominio de la técnica a través del placer y del descubrimiento de la propia escritura, además de sorprendernos las voces y las ideas que pululan silenciosamente por nuestras clases, la literatura terminaría por ser no sólo estudio, sino también un acto una invención, una búsqueda» (págs. 145-146).

*Ética del silencio*, libro oportuno, ilusionado y congruente, y también censorio y ácido, ante el lugar que ocupa la enseñanza de la lengua, literatura, arte, filosofía..., materias no rentables en la sociedad industrializada:

«Estos son tiempos áridos en este aspecto. La economía ha entronizado dos máximas que, por sí mismas y en su sentido más superficial, son, en educación, el anuncio de un futuro empobrecimiento humano y, por lo tanto, social: utilidad y resultados» (p. 45).

Eduardo TEJERO ROBLEDO